

«Jack Graham hace que brille una celeste luz escritural sobre el misterioso tema de los ángeles como instrumentos usados en la mano de Dios. Aunque nunca tendrán la salvación ofrecida a todas las personas por el propio Jesús, son empleados para llevar a cabo su plan de redención (Hebreos 1:14). Nunca sabremos el impacto completo de su presencia entre nosotros, pero un vistazo a los relatos que Jack expresa reforzará nuestra fe en Dios. Cuando el tiempo en la tierra se acerque a su fin, Dios usará un ángel para difundir el glorioso evangelio una vez más: “Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria”» (Apocalipsis 14:6-7). Cuando leas *Ángeles*, recuerda que Dios nos ha dado todo consuelo y cada promesa para su gloria».

—FRANKLIN GRAHAM, presidente ejecutivo de la Asociación Evangelística Billy Graham y de Samaritan’s Purse

«Considero que Jack Graham es una voz clave para la iglesia en esta época turbulenta. Su compromiso con Cristo es inquebrantable, su clara enseñanza es inspiradora y su liderazgo es urgentemente necesario. Este libro es otro valioso aporte de un santo amado».

—MAX LUCADO, pastor y escritor de best sellers, autor de *Sobre el yunque, El regalo para todas las personas*

«Leo todo lo que Jack Graham escribe porque es un amante de la Palabra de Dios y sabe cómo comunicarla con integridad y contundencia. Cuando leas *Ángeles*, su nuevo libro, verás el mundo que te rodea de manera diferente y sentirás una mayor conexión con el ámbito invisible».


—Dr. JAMES MACDONALD, pastor principal de Harvest Bible Chapel y autor de *¡Señor, ayúdame a cambiar!* y *Sea auténtico*

«Este libro es un clásico Jack Graham: gran enseñanza bíblica, historias maravillosas y excelentes aplicaciones para los lectores».

—CHRISTINE CAINE, autora de *Undaunted*
y fundadora de The A21 Campaign

«Jack Graham lo hizo de nuevo. El modo en que trata el tema de los ángeles hará que pases de la confusión a la curiosidad y, además, a la claridad. Por medio de historias convincentes, aprenderás mucho acerca de los ángeles... pero esta vez desde una perspectiva bíblica. Después que leas *Ángeles*, te garantizo que estarás atento a ellos».

—DAVE STONE, pastor de Southeast Christian Church,
Louisville, Kentucky



QUIÉNES SON, QUÉ HACEN
y POR QUÉ IMPORTAN

ÁNGELES



JACK GRAHAM

Nova

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

Publicado por:



Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, FL 33331
www.editorialniveluno.com

©2017 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-29-6

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Copyright ©2016 por Jack Graham

Originalmente publicado en inglés bajo el título:

Angels

by Bethany House

a división of Baker Publishing Group

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de:

Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® ©1999 por Bíblica, Inc.® Usada con permiso.

Printed in the United States of America

Impreso en Estados Unidos de América

17 18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

A nuestros nietos: Ian, Levi, Dylan Claire,
Piper Jane, Zach y Jake,
«pequeños ángeles» que me dan gran alegría cada día.



Salmos 112:2 (LBLA):
«La generación de los rectos será bendita».



*Ahi anime ingannate e fatture empie,
che da sì fatto ben torcete i cuori,
Drizzando in vanità le vostre tempie!*

¡Ah criaturas impías, necias almas,
que el corazón torcéis de un bien tan grande,
hacia la vanidad volviendo el rostro!

El paraíso, de Dante
Libro IX, líneas 10-12

Contenido

Prólogo por Roma Downey 9

Nota del autor: Huevos, pan tostado y un sí de Dios 11

Primera parte:

La sabiduría de los ángeles al iniciar la jornada

1. PERDÓN, cuando has pecado contra Dios 19
2. PERSPECTIVA, cuando no puedes ver derecho 35
3. PROVISIÓN, cuando tienes necesidad 47
4. CONFIANZA, cuando eres dirigido por el Espíritu 59

Segunda parte:

La protección de los ángeles mientras soportas los golpes de la vida

5. CONSUELO, cuando tienes miedo 73
6. VALOR, cuando estás en peligro 85
7. DEFENSA, cuando eres excluido o despreciado 103
8. REFUGIO, en medio de la tormenta 115

ÁNGELES

Tercera parte:

El ánimo de los ángeles a medida que te remontas sobre las alas de las águilas

9. ESTÍMULO, cuando estás espiritualmente
aletargado 131
10. FIDELIDAD, cuando has sido herido 141
11. VICTORIA, cuando eres tentado 153

Cuarta parte:

La presencia de los ángeles mientras permaneces en curso con Cristo

12. COMPAÑERISMO, cuando estás solo 171
13. PERSISTENCIA, cuando quieres renunciar 183
14. SEGURIDAD, cuando estás muriendo 201
15. INSPIRACIÓN, cuando tienes poca esperanza 213

Agradecimientos 229

Acerca del autor 231

Notas 233

Prólogo

Era un día normal en la locación de la serie televisiva *A.D. La Biblia continúa* en el húmedo y polvoriento Marruecos cuando uno de nuestros actores señaló hacia el cielo y dijo: «¡Miren!»

Allí, a simple vista, estaba una solitaria nube blanca en forma de cruz, destacándose en el cristalino cielo azul. Todo el equipo de rodaje quedó mudo, mientras cada uno buscaba su teléfono celular para fotografiar lo que era claramente una señal de que Dios siempre está presente.

Creo que ese día Dios quiso que todos recordáramos que el reino sobrenatural está más cerca de lo que pensamos; como lo plasma tan bien mi querido amigo, el doctor Jack Graham, en este maravilloso libro.

Al igual que Graham, estoy convencida de que si tienes ojos para ver, oídos para oír y un corazón que anhela palpar con fe, verás la divina actividad de Dios por toda la tierra, hora tras hora, día tras día. Sentirás la presencia de Dios. Detectarás la protección divina. Serás misteriosamente —aunque

ÁNGELES

innegablemente también— sostenido, mientras transitas por esta vida.

Por casi diez años tuve el privilegio de hacer el papel del ángel Mónica en la serie televisiva *El toque de un ángel*. Cada semana, Mónica entraba en la vida de alguien en un momento de necesidad o desesperación para entregarle personalmente un mensaje de esperanza, un mensaje del amor divino, un mensaje de intervención en nombre de Dios. Creo que el papel que representé en la televisión es como el que desempeñan cada día —en la vida real— aquellos que Dios ha asignado para que cuiden de nosotros.

Tienes en tus manos un trabajo investigativo acerca de quince de las maneras más útiles y personales en las que Dios apoya a sus amados hijos e hijas a través de sus huestes angelicales. Espero que permitas que las palabras del doctor Graham inunden tu vida, recordándote que no estás solo ni abandonado en este mundo. Tienes un amoroso Padre celestial que está obrando a favor tuyo en cada paso del camino y cuyos ángeles te acompañan en tu peregrinar.

Este libro te bendecirá.

Roma Downey

Nota del autor

Huevos, pan tostado y un sí de Dios

« ¿ **N**o son los ángeles una especie de... tema *marginal*? »
Le estaba haciendo la pregunta al equipo de mercadeo de mi editor, que había venido a Dallas para una sesión de intercambio de ideas sobre el tema del próximo libro que debía escribir. En todos mis años escribiendo, esta era la primera vez que el publicador me pedía que cubriera un tema específico, no lo contrario. Por lo general, paso semanas o meses elaborando sermones que surgen de un libro en particular de la Biblia o de un concepto que pienso que la congregación debe dominar y luego, al predicar esos sermones, considero ese material —bien pensado y analizado— para formar la columna vertebral de una próxima obra. Pero esta vez no fue así. Mi editor me pidió un libro sobre ángeles y yo no había ni predicado una serie al respecto, ni había estudiado sobre ellos —*nunca*— en mis más de cuarenta

ÁNGELES

años de ministerio. Era difícil decir que no, pensé, aun cuando seguía añadiendo razones para ello.

Varias semanas más tarde, mientras estaba en Florida por unos días, me encontré con mis buenos amigos Bobbie y Robert Wolgemuth para desayunar. Por varios años, ellos llamaban a la ciudad de Orlando su casa, y sabían de mi afinidad por el golf; así que nos encontramos en Bay Hill, el famoso campo de golf de Arnold Palmer en las riberas del lago. El panorama y los jardines eran impresionantes, pero lo más valioso de la mañana no tenía nada que ver con el paisaje. Aquella conversación a media mañana, mientras comíamos huevos y tostadas, redirigiría por sí sola los próximos veinticuatro meses de mi vida.

Conozco a Robert desde hace más de tres décadas y, debido a su experiencia como agente literario, hace unos años comenzó a aconsejarme sobre mis decisiones editoriales. Esa iba a ser una reunión social, pero como la de mercadeo todavía estaba en mi mente, le planteé el tema a Robert y le expliqué que aun cuando comprendía todas las razones por las que el editor estaba pidiéndome un libro sobre ángeles, probablemente debería dejar pasar esa idea.

«¿Verdad?», le pregunté, buscando su confirmación.

Antes de que Robert pudiera responder, su esposa, Bobbie, casi saltó de su asiento. «¡Oh, pero Jack, considéralo! ¡Ángeles! Los que glorifican a Jesús *perfectamente... continuamente... ¡sin reservas!* Hay tanto que podemos aprender de ellos, ¿no crees?»

Sabía que su entusiasmo era genuino. Bobbie había estado luchando contra el cáncer por algún tiempo y me explicó que, a lo largo de su doloroso, estresante y debilitante proceso, los ángeles no solo le interesaron, sino que eran absolutamente indispensables para mantener viva su esperanza. Ella *necesitaba* apoyo sobrenatural, puesto que su mundo natural se estaba

desmoronando. Bobbie me hizo una serie de súplicas sinceras, para las que no tuve ninguna respuesta que valiera la pena. Llegué a entender, durante esa conversación, que la intervención angélica en las vidas de la humanidad era un tema importante no solo para los moribundos, sino también para los vivos. Así que llamé a mi editor con las buenas noticias.

Más preguntas que respuestas

Aun después de darle el sí al equipo de publicación, albergaba serias preocupaciones acerca de la elaboración de un libro completo sobre un tema del que hay muy poca información en las Escrituras. Acababa de escribir una obra —*Unseen*— en la que dedicaba un capítulo a la exposición de los seres angélicos y pensé que dije todo lo que había que decir. Sin embargo, el ánimo de Bobbie seguía presionándome; a pesar de todas las preguntas sin respuesta que quedaban, ¿qué *podemos* aprender de la hueste celestial?

Agarré mi cuaderno y comencé a revisar meticulosamente las centenas de referencias a los ángeles que se observan a lo largo de las Escrituras, prestando atención no solo a las *descripciones que se dan de ellos* (la Biblia claramente nos dice que los ángeles fueron creados, no se reproducen, no mueren, a veces son nombrados, en algunos casos tienen alas, pueden disfrazarse, su existencia no se limita a tiempo ni a espacio, permanecen en la presencia del Padre celestial, y nunca dudan en cumplir la misión que Dios les pide que hagan), sino también a las *manifestaciones de ayuda que se les atribuye*. En algunos relatos, los ángeles son un estímulo para gente *como tú y como yo*. Brindan dirección. Consejo. Confirmación de la voluntad de Dios. Percepción. Fuerza. Protección. Sabiduría. Compañerismo. A medida que mi lápiz trazaba versículos y beneficios concretos, me di cuenta de que era demasiado poco

lo que he dicho en cuanto al impacto que los ángeles tienen en la vida real.

Señales de tránsito que apuntan a Cristo

Es valioso señalar que el estímulo y el apoyo que tenemos por cortesía de la hueste celestial distan mucho de los buenos deseos que recibimos de nuestros homólogos humanos. Considera eso de esta manera: Así como una señal de tránsito es útil puesto que apunta al destino deseado, la ayuda de los ángeles a nuestras vidas es útil porque dirige nuestros pies, de manera confiable, hacia Cristo. En ninguno de mis estudios, nunca hallé fundamento bíblico para decir que los ángeles tratan de llamar la atención a sí mismos, actúan de acuerdo a sus propios impulsos o buscan su propia gloria. Nada más lejos de la realidad. A cada paso, los ángeles responden a la voluntad de Dios y dirigen fielmente a la humanidad hacia Cristo. Su consejo tiene mucho peso. Se puede confiar en su dirección. Su protección considera nuestros mejores intereses. Los ángeles no son solo fascinantes; son *absolutamente funcionales* para gestionar la voluntad de Dios. De modo que, mientras tú piensas que estás sosteniendo un libro acerca de los ángeles, en realidad, el foco de nuestra atención a través de estos capítulos está en la persona de Jesucristo, el único conducto de la redención de Dios en el mundo creado, el Único a través del cual llegará —al fin— la paz.

La presencia y la protección angélica marcaron cada momento crítico de la vida de Jesús: fue un ángel el que declaró el nombre del niño Cristo (Lucas 1:31); fue un ángel quien anunció el nacimiento del bebé a los pastores (Lucas 2:11); fue un ángel quien le dijo a José que llevara a María y a Jesús a Egipto para sobrevivir al decreto asesino del rey Herodes (Mateo 2:13); fueron ángeles los que ministraron a

Jesús después de su triple tentación (Mateo 4:11); fue un ángel quien le hizo compañía mientras sudaba gotas de sangre en el jardín de Getsemaní (Lucas 22:43); fueron ángeles quienes reprimieron su gran poder cuando Jesús sufrió y murió en la cruz (Mateo 26:53); fue un ángel el que informó a las mujeres que llegaron al sepulcro de Jesús que el Mesías había resucitado de entre los muertos (Mateo 28:5); fueron ángeles quienes recibieron a Jesús al regresar al Padre (Hechos 1:10); será un ángel quien dirigirá la banda de trompetas celestiales durante la segunda venida de Cristo (Apocalipsis 8); y serán ángeles los que algún día supervisarán el juicio final de los vivos y de los muertos (Mateo 13:39-42).

Sin embargo, quizás lo más oportuno para nuestra discusión aquí es que la misma presencia y protección angélica que cubrió a Jesucristo en todos los puntos a lo largo de su jornada terrenal está vigente para aquellos que aman a Dios aquí y ahora. *Ese mismo apoyo sobrenatural está a la disposición.* Salmos 91 promete que es a aquellos que moran al abrigo del Altísimo que Dios mandará a sus ángeles acerca de ellos, para guardarlos en todos sus caminos.¹

Me he dado cuenta de que este no es un tema marginal. ¿Acaso no podríamos todos usar un poco de dirección divina a lo largo de nuestros días? Cristo es el Único que puede proveer eso y el papel de los ángeles es recordarnos esa verdad. Por eso, este libro. Capítulo a capítulo, presento quince aspectos clave de la suficiencia de Cristo manifestada por las actividades angélicas en el relato bíblico. Cada capítulo trae a la luz un rasgo distinto del carácter —el perdón de Cristo, por ejemplo, o su perspectiva, o su fuerza— y te pide a ti, lector, que consideres lo que el antiguo encuentro tiene que decirnos hoy.


Es un velo muy delgado que separa lo natural de lo sobrenatural, lo que significa que la actividad divina está a nuestro

ÁNGELES

alrededor. El tema que nos ocupa es si tendremos ojos para verlo y corazones ansiosos por recibir la ayuda que Dios anhela proveer a través de sus mensajeros místicos.

Mi amiga Bobbie fue a morar con el Señor cuando terminaba de escribir este libro, pero su impresión en mi vida —y por supuesto en este proyecto— continúa.

Jack Graham



Primera parte

La sabiduría de los ángeles al iniciar la jornada

La exploración de la mente de Cristo
es un viaje a ninguna parte si el peregrino
todavía está esposado a la carne.

—Brennan Manning

1

Perdón

Cuando has pecado contra Dios

Cuando adolescente, mi sueño era jugar béisbol profesional. Trabajé duro para desarrollar mis habilidades y, al igual que muchos jóvenes, para llevar las cosas al siguiente nivel: las Grandes Ligas. Todo indicaba que mis aspiraciones infantiles se estaban convirtiendo en realidad, ya que los exploradores universitarios y profesionales se interesaron por mi juego. Estaba en camino a lograrlo, pero Dios tenía otro plan.

Una ardiente noche de verano en Fort Worth, Texas, manejé mi coche solo al estadio de mi equipo de la escuela secundaria en Eastern Hills. Las estrellas son realmente brillantes en el corazón de Texas y parecía que todas estaban brillando sobre mí esa noche. Dado lo real que era la presencia de Dios para mí en esos momentos, aquel campo deportivo se convirtió en algo como un santuario. Aunque yo no estaba en una iglesia, Dios se me acercó esa noche. Yo estaba de pie en tierra santa.

No me di cuenta en ese instante que el Espíritu Santo estaba trabajando en mí, llamándome, instándome a tener un sueño más grande y mejor.

Esa noche, de pie en el campo de pelota, rendí mi vida para hacer lo que Dios me estaba llamando a hacer: convertirme en predicador del evangelio. De rodillas, en el mismo lugar en el que hice cientos y cientos de roletazos, me rendí incondicionalmente para conocer y hacer la voluntad de Dios. Puse todos mis sueños y deseos en el altar llamado segunda base. Inolvidable. Desde aquella noche en adelante, tuve una ambición: seguir el llamado que Dios me había hecho esa noche sustentado por la fe.

Resultó ser que todavía tenía oportunidades para jugar béisbol. Es más, el béisbol me sirvió de plataforma para predicar como joven deportista y me proporcionó una beca para jugar en la universidad durante mis cuatro años de estudios de pregrado. No estoy seguro de que hubiera podido pagar una universidad sin esa beca. Solo Dios.

Aún amo al béisbol —y especialmente a mis Texas Rangers— pero cuando entré confiadamente al llamado que Dios me hizo, me di cuenta de que nada podía compararse con la satisfacción de servirle. Ese momento, esa noche, fue un punto de inflexión espiritual. No oí el susurro de las alas de un ángel, pero ciertamente me encontré en el trono de Dios y cara a cara con su gobierno soberano. Fue un «momento como el de Isaías», cuando vi al Señor alto y sublime (Isaías 6:1).

Un encuentro cara a cara con Dios

El libro de Isaías, en el Antiguo Testamento, es una serie de advertencias y promesas a Jerusalén, Judá y a las naciones en general: advertencias de juicio inminente y promesas de restauración que estarán a la disposición de ellos si acuerdan arrepentirse de sus propios planes y buscan la voluntad de Dios. Es una colección de profecías escritas por un profeta principesco

—Isaías era relacionado con la aristocracia de su tiempo— y seis capítulos referidos a las afirmaciones divinamente inspiradas del autor —sobre los acontecimientos futuros que su pueblo enfrentará—, que transmite una visión específica que tuvo del Señor.

Isaías pasa los primeros cinco capítulos del libro pronunciando «males» o juicios, tanto sobre la ciudad como sobre la nación —Jerusalén y Judá, respectivamente—, las cuales perdieron su pasión por Dios. Varios programas políticos y sociales habían servido para reformar esos lugares de modo superficial pero, en términos de moralidad, sus ciudadanos eran horriblemente perversos.

Isaías tiene el corazón roto por el comportamiento de sus compatriotas. Sabe que la ira de Dios vendrá, con seguridad.

El capítulo seis comienza con la noticia de que el rey de Judá, Uzías, ha muerto, lo que es un golpe para todos en el reino porque era un líder dinámico. Encontramos a Isaías en el templo, rindiendo homenaje al gran rey. Veamos el texto, Isaías 6:1-7:

El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y se decían el uno al otro:

«Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso;
toda la tierra está llena de su gloria».

Al sonido de sus voces, se estremecieron los umbrales de las puertas y el templo se llenó de humo. Entonces grité: «¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de

ÁNGELES

labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!»

En ese momento voló hacia mí uno de los serafines. Traía en la mano una brasa que, con unas tenazas, había tomado del altar. Con ella me tocó los labios y me dijo: «Mira, esto ha tocado tus labios; tu maldad ha sido borrada, y tu pecado, perdonado».

El cuadro del profeta es el más extenso acerca de los seres angélicos que aparece en la Escritura y el mensaje que transmite es este: «Acércate. Encuentra a Dios». Recuerda esas palabras mientras caminas a través de cada capítulo de este libro; la presencia de un ángel *siempre* promueve la intimidad con el Todopoderoso. Los ángeles no son nada, ni pueden hacer nada, apartados de Él. Ellos son siervos de Dios, nada más.

En la visión de Isaías, vemos al Señor en toda su gloria y majestad. Veamos un hecho divertido: En el mundo antiguo, la autoridad y el alcance de un rey eran visiblemente revelados por la longitud de su túnica. Cuanto más largas y más elaboradas las faldas (orlas) de la túnica, más grande era el poder que tenía. Para el profeta, ver las faldas de la túnica de Dios llenando cada centímetro cuadrado del templo, era señal de que estaba en la presencia de Uno cuyo liderazgo era incomparable, sin igual. Los ángeles que lo rodeaban —en este caso serafines, una clase de ángeles que solo se menciona en este libro de las Escrituras— no podían hacer otra cosa que reconocer a su Rey. Aquí, en la imagen más detallada de la Biblia —que retrata a los ángeles adorando a Dios alrededor de su trono—, me parece fascinante que clamaran: «Santo, santo, santo» en respuesta a Aquel al que adoran.

No clamaban: «Fiel, fiel, fiel», a pesar de la innegable fidelidad de Dios. Tampoco decían: «Misericordioso, misericordioso,

Perdón

misericordioso», aunque eso también es cierto con nuestro Dios. Ellos no decían: «Recto, recto, recto» ni «justo, justo, justo» ni incluso «amoroso, amoroso, amoroso», aunque esos adjetivos también eran adecuados. No, al seleccionar una palabra, y una sola palabra, para describir la naturaleza de Dios, clamaron: «Santo», y marcaron su importancia repitiéndola dos veces más. «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos», cantaban como un coro antifonal una y otra vez.

Dios es santo

Separado

Distinto

Completamente Otro

Aparte de todo lo que conocemos

Este es el Dios que los ángeles nos revelaron desde el celestial punto de vista del profeta.

Cómo entender la santidad

Siempre que trato de poner palabras a la santidad de Dios —su alteridad— me siento incapaz y pequeño. Considerar la asombrosa persona y personalidad de nuestro gran Dios es desalentador, por decir lo menos. Pero basado en los claros temas de la Escritura, puedo apuntar con confianza tres verdades sobre la santidad de Dios que nos ayudan a comenzar a entender con qué estamos tratando cuando decimos que Dios es «otro», aparte de ti y de mí.

En primer lugar, la santidad es la característica divina, concluyente y central que define a Dios. La santidad, para Dios, es un asunto de carácter; no puedes hablar de su carácter sin referirte a la vez a la manera única en que Él está separado. En la actualidad, tendemos a lanzar la palabra *única* sin pensarlo, como si todo fuera único, exclusivo. Pero solo las cosas sin

ÁNGELES

pares son de hecho únicas. Nuestro Padre celestial es *único*. Dios es exclusivamente santo y, como tal, solo Él se define por ese término.

Segundo, la santidad de Dios señala su soberanía tanto como su autoridad moral y su imperio. Dios establece las reglas del universo, no el hombre, porque Él es santo; nosotros no. «En el cual no hay mudanza», dice Santiago 1:17 (RVR60), «ni sombra de variación». Él mora eternamente no en la oscuridad, sino en la luz y, por lo tanto, su perspectiva siempre es correcta.

Tercero, comprender a Dios como exclusivamente santo es decir que Él es incontaminado, inmaculado y puro. ¡No es de extrañar que los ángeles se deshicieran en su adoración! La pureza tiene ese efecto. La supremacía de Dios era innegable. Como resultado, la compañía de los ángeles era extática.

El efecto de la santidad

Hay algo aquí en la visión de Isaías (Isaías 6) que debería comunicarnos cómo responder a Dios. El texto dice que con sus seis alas, cada uno de los serafines —precisamente cuántos de ellos había, no sabemos— cubrieron su rostro, cubrieron sus pies y volaron. Echemos un vistazo a cada uno de ellos.

Los ángeles cubrían sus rostros pero, ¿por qué? ¿Por qué no querrían mirar a Dios? Me encanta lo que mi amigo James MacDonald dice sobre el tema de tratar con un Dios santo.

Apocalipsis 19 dice que los ojos del Señor son como llama de fuego. Por eso no es de extrañar que los serafines se cubrieran. Ellos no querían mirar a Dios ni que Dios los mirara... Uno no puede leer el versículo 2 sin sentir en los serafines una pasión consumidora en torno a Dios. «¡Cuidado! ¡Cuidado! Haz lo que Él dice, exactamente, inmediatamente, totalmente, cada vez. Él es Dios; no nosotros. Él es santo; vuela perfecto. No

lo mires. Cúbrete. ¡Santidad! ¡Precaución! La santidad requiere cautela». ¹

De acuerdo a los comentarios de Santiago, tú y yo deberíamos caminar con un rollo de cinta amarilla [como la que usan los policías en señal de precaución] mientras hacemos las tareas aparentemente más serviles. *¡Cuidado! El camino de la piedad es estrecho. ¡Cuidado! ¡Mira dónde pisas! ¡Cuidado! ¡Dios está trabajando en este mundo! ¡Cuidado! Las cosas no siempre son como parecen.* El profeta Moisés probablemente podría haber usado alguna cinta amarilla después de su radical encuentro con Dios en el Antiguo Testamento.

Reflexiona conmigo en el libro del Éxodo, cuando Moisés quería ver el rostro de Dios. Él le rogó a Dios que se revelara a sí mismo, pero Dios no lo permitió. Al contrario, le dijo: «Voy a darte pruebas de mi bondad, y te daré a conocer mi nombre... no podrás ver mi rostro, porque nadie puede verme y seguir con vida» (Éxodo 33:19-20). Dios entonces puso a Moisés en la grieta de una roca para protegerlo y la cubrió con la mano mientras Él pasaba.

Momentos después, Moisés vio apenas la espalda de la gloria de Dios; las Escrituras nos dicen que esa breve mirada hizo que Moisés se encendiera con el brillante resplandor de la gloria de Dios. Cuando volvió a entrar en contacto con su gente, después de estar en la presencia de Dios, Moisés estaba tan poderosamente encendido que sus amigos tenían que cubrirlo para acercarse a él. Refiriéndose al nuevo cielo, Apocalipsis 21:23 dice: «La ciudad no necesita ni sol ni luna que la alumbrén, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera». No es extraño que tuvieran que cubrir a Moisés. No es de extrañar que los ángeles desviarán su mirada directa.

Los ángeles también cubrían sus pies, simbolizando su condición de criatura (y la nuestra). La experiencia de Moisés nos

ÁNGELES

ayuda también aquí. ¿Recuerdas lo que Dios le dijo a Moisés en la zarza ardiente? «Quítate las sandalias, porque estás pisando tierra santa».²

Nuestros pies representan el polvo. Representan la mugre, la suciedad de este mundo. No todo lo que viene del polvo es malo, por supuesto; recuerda que tú y yo llegamos a la existencia por él. Pero cuando nos paramos delante de un Dios santo, reconocemos que somos mundanos, no celestiales. Incluso los ángeles en todo su esplendor no son omnipresentes ni omnipotentes, ni omniscientes. Ellos también reconocen su condición de criaturas ante Dios —son creados, no creadores— y lo hacen cubriendo sus pies.

Con el tercer par de alas, entonces, los ángeles volaban; una imagen que me encanta por su movimiento y su zumbido. ¡Imagínate a esos seres poderosos, subiendo y bajando alrededor del trono de Dios! Los que se imaginan al cielo como un hogar de ancianos glorificado, con gente sentada, aburrida, esperando que pase la eternidad, están seriamente equivocados. Habrá energía y actividad sin fin en la presencia de nuestro Dios santo. Solo pregúntales a esos serafines.

Los ángeles se cubrieron sus rostros, sus pies y se levantaron en respuesta a la gloria de Dios; conductas todas muy afebles destinadas a declarar la santidad de Dios todopoderoso.

La respuesta de Isaías y la nuestra

A estas alturas, Isaías estaba abrumado. Así que clamó: «¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!» (Isaías 6:5).

«¡Ay de mí!» dijo Isaías, lo que significaba que estaba pronunciando juicio sobre sí mismo, un juicio que era fuerte, dado lo perdido que se sentía, lo perdido y miserablemente impuro. Isaías estaba completamente deshecho, esa es la única forma

en que podemos decirlo. Se había encontrado con la santidad absoluta de Dios, de modo que ya no podía escudarse con su educación privilegiada, su fidelidad moral, su currículum, su reputación ni sus formas religiosas. Su mundo se estaba descomponiendo por las costuras. Se estaba desmoronando. En vista de la santidad de Dios y a la luz de los majestuosos ángeles, él sabía que no era nada más que un hombre pecador.

Isaías era una persona honorable, pero nunca había visto nada tan honorable como *esto*. Isaías sabía que necesitaba una limpieza profunda, por lo que Dios envió a un ángel a su camino para ayudarlo.

El carbón en los labios es Cristo

En Isaías 6:6-7, uno de los serafines voló hacia el profeta, llevando en su mano un carbón ardiente del altar, con el que procedió a tocar la boca de Isaías. El ángel dijo: «Mira, esto ha tocado tus labios; tu maldad ha sido borrada, y tu pecado, perdonado».

El carbón representa el sacrificio de Jesucristo en la cruz, cuya obra terminada pagó por nuestro pecado: pasado, presente y futuro. Puesto que Isaías reconoció la necesidad de un Salvador para limpiar su impureza, el perdón estaba a su disposición. Sorprendentemente, esa misma oferta está a disposición tuya y mía. Si nos humillamos de modo voluntario, si oramos, buscamos el rostro de Dios y nos apartamos de nuestros malos caminos, 2 Crónicas 7:14 promete que, entonces Dios oírán desde el cielo y perdonará nuestro pecado y sanará nuestra tierra.

Podemos ser perdonados por las decisiones pecaminosas que hemos cometido.

Podemos sentir la presencia viva de Dios, sin salvedades.

Podemos ser hechos nuevos, ¡perfectos!, transformados por el poder santo y sanador de Dios.

Si solo confesamos y nos arrepentimos de nuestros pecados.

ÁNGELES

En 1995, en el Desayuno de Oración del Gobernador de Kentucky, mi buen amigo —el pastor Bob Russell— estaba ante los dignatarios y líderes comunitarios reunidos allí para dirigir la oración de apertura. Estoy seguro de que todos los sentados ante él esperaban una oración típica, pero eso no es lo que Bob expresó. En vez de eso, extendió el siguiente llamado al arrepentimiento y a un clamor por perdón:

Padre celestial, venimos ante ti hoy para pedir tu
perdón así como para buscar tu dirección y tu guía.
Sabemos que tu Palabra dice: «Ay de los que llaman al
mal bien».

Pero eso es exactamente lo que hemos hecho.
Hemos perdido nuestro equilibrio espiritual e
invertido nuestros valores.

Confesamos que hemos ridiculizado la verdad
absoluta de tu Palabra y a eso hemos llamado
pluralismo.

Hemos adorado a otros dioses y a eso hemos llamado
multiculturalismo.

Hemos respaldado la perversión y a eso hemos
llamado estilo alternativo de vida.

Hemos explotado a los pobres y lo hemos llamado
lotería.

Hemos descuidado a los necesitados y lo hemos
llamado autopreservación.

Hemos recompensado la pereza y a eso hemos llamado
asistencia social.

Hemos matado a nuestros hijos por nacer y lo hemos
llamado elección.

Hemos abatido a los abortistas y a eso hemos llamado
justificable.

Perdón

Hemos descuidado disciplinar a nuestros hijos y lo
hemos llamado edificar la autoestima.
Hemos abusado del poder y a eso hemos llamado
inteligencia política.
Hemos codiciado las posesiones de nuestro prójimo y
lo hemos llamado ambición.
Hemos contaminado el aire con profanidad y
pornografía y a eso hemos llamado libertad de
expresión.
Hemos ridiculizado los inestimables valores de
nuestros antepasados y lo hemos llamado
iluminación.
Examínanos, oh Dios, y conoce nuestros corazones
hoy.
Límpianos de todo pecado y haznos libres.
Guía y bendice a estos hombres y mujeres que han
sido enviados para dirigirnos al centro de tu
voluntad.
Lo pido en el nombre de tu Hijo, el Salvador vivo,
Jesucristo. Amén.

El pastor Russell tenía razón ese día: Solo Dios puede «limpiarnos de todo pecado y hacernos libres». Milagrosamente, a los que vienen ante el Padre con humildad, impíos e inmundos pero dispuestos a cambiar, Dios les dice: «Por el sacrificio de mi Hijo, ahora estás vestido de justicia, hijo amado, impecable para estar delante de mi trono».

«¡Acércate!», le dio a entender el ángel a Isaías. «Ven y encuentra a Dios».

Los ángeles nos dirigen hacia Jesús, el único que puede limpiarnos de nuestro pecado y satisfacer las justas exigencias de un Dios santo.

Cómo crecer en los caminos de Dios

Vale la pena señalar que mientras Isaías tenía esa asombrosa visión de los ángeles, vio a Dios *sentado* en su trono. Dios no se paseaba de un lado a otro, retorciéndose las manos por la situación de este mundo caído. La catástrofe de Judá no se estaba registrando como una crisis en el cielo. No, Dios tenía y tiene el control cuando parece que nuestro mundo se está desmoronando. «No hay pánico en el cielo», dijo una vez Corrie ten Boom, «solo planes».

Isaías seguramente observó el sereno comportamiento de Dios, dada la crisis que enfrentaba su nación. Había profundo pecado. Había depravación moral. Había incertidumbre sobre el futuro. Y, sin embargo, ahí estaba Dios perfectamente sosegado.

Creo que esta imagen tenía la intención de anunciarle algo a Isaías —y, por extensión, a nosotros— que es que en la medida en que conformemos nuestras vidas a la voluntad y a los caminos de Dios, conoceremos una sensación de paz más profunda y duradera. Claro, seguiremos enfrentando circunstancias desgarradoras, pero no tendrán la misma influencia en nuestro estado emocional que alguna vez tuvieron. Cuando recordemos que estamos destinados para el trono, donde todo es rectificado al final, vamos a experimentar la penetrante paz de Dios, de la que la Escritura dice que «sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4:7).

Es más, a medida que tú y yo meditemos en Dios como el «excelso y sublime», igual que lo hiciera Isaías, *cada* aspecto de la santidad de Dios —su «alteridad»— echa raíz en nosotros, de modo que crecen brotes de rectitud en nuestras vidas. Si eres un devoto seguidor de Cristo, este proceso ya está sucediendo.

Permíteme decirlo de esta manera: Si agarraras una silla y te ubicaras debajo de un manzano gigante y pasaras los días mirando una manzana en particular, hora tras hora, te sería

difícil observar su crecimiento. Pero si le echaras un vistazo a la manzana y te fueras por dos semanas, al volver verías claramente el cambio. Lo mismo es cierto con nosotros: Tal vez no podamos decir que estamos madurando o creciendo espiritualmente si escrutamos las cosas minuto a minuto. Pero esperamos que cuando reflexionemos en los años pasados, podamos ver cómo Dios nos conforma a la imagen de su Hijo.

¿Eres más paciente que antes?

¿Más amoroso?

¿Eres más suave? ¿Más gentil? ¿Más compasivo? ¿Más sabio?

¡Eso es Cristo, que hace como quiere en ti! Eso es Dios, haciendo lo que hace mejor.

Ese progreso de los ángeles revelado a Isaías aquel día es el mismo que tú y yo podemos conocer: A medida que nos acercamos y nos encontramos con Dios, nos damos cuenta de nuestra necesidad de ser hechos limpios. Por tanto, al recibir el don de la gracia de Dios en la persona de Cristo, simultáneamente comenzamos a ser hechos nuevos. Llegamos a ser completos. Y llegamos a ser santos. Venimos a ser más como Cristo.

¿Feliz, sano o santo?

En cuanto a este asunto de buscar la santidad, me resulta desalentador que los seguidores de Cristo tiendan a darle prioridad a la felicidad o a la salud muy por encima de su anhelo por una mayor santidad. «¿Santidad? —decimos—. No, gracias. Prefiero trabajar en mis abdominales».

Sin embargo, Dios nos recuerda en 1 Pedro 1:16 que la santidad debe ser nuestro principal objetivo. Él dice: «Sean santos, porque yo soy santo». En otras palabras: «Mantén tus ojos en *mi* premio».

Si deseas una santidad más profunda en tu vida, deja que las siguientes instrucciones te sirvan como punto de partida.

ÁNGELES

Encauza tus pensamientos

La santidad comienza con un pensamiento único, como lo demuestra el conocido proverbio: «Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él» (Proverbios 23:7, RVR60). Si siempre tienes pensamientos puros, vivirás una vida pura. Si tienes pensamientos impuros, te sumirás en la fealdad y el pecado. De modo que trabajemos para tener nuestros pensamientos cautivos, uno por uno, recordando que solo podemos tener un pensamiento a la vez. Si en este momento decidimos meditar en algo hermoso y excelente, no podemos también estar pensando en la maldad y el pecado.

Obedece a Cristo

Obedece a Cristo así como responde un niño a su amoroso padre. La obediencia a Cristo dice: «Señor, te doy mi vida, cada aspecto de ella, cada respiración. A donde me dirijas, iré. Lo que me pidas, haré».

La obediencia a Cristo no valora la voluntad de Dios con respecto a la nuestra; al contrario, asesina a nuestra voluntad, de modo que solo quede la voluntad de Dios.

Ama a Dios con todo tu corazón, tu mente, tu alma y tu fuerza

La Biblia dice que aquellos que aman al Señor también odian al mal, lo que significa que si nos esforzamos por tener un corazón para Dios, no lo tendremos para el pecado. Que cada día tu objetivo sea amarlo.

Rinde tu vida completamente a Él

Por último, si anhelas una santidad más profunda, *rinde tu vida completamente a Él*.

¡Cristiano, no retengas nada de la vista de tu Maestro! Sus caminos son mucho mejores que los tuyos.

En el *Paraíso* de Dante, el personaje principal (es probable que sea Dante mismo) viaja por los cielos y allí se encuentra con la hueste angélica. Los seres celestiales claman: «¡Gloria!» al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y la melodía es tan cautivante —según Dante—, que él se «emborracha en la dulzura de su canto».³ Más tarde, al reflexionar sobre la dinámica de adoración de ese lugar repleto de Dios, él escribió: «Siempre el amor que aquieta este cielo con este saludo al que llega acoge, a fin de disponer a su llama la candela».⁴

Candelas dispuestas para la llama, ¡me encanta eso! De hecho, es exactamente a lo que se parece el *rendirse*: personas humildes que viven dependiendo totalmente de Dios. Cuando nos rendimos, le decimos al Señor: «¡Tómame!, ¡enciéndeme! ¡Úsame! *Tu* manera es la mía». Billy Graham señaló una vez que los ángeles «son motivados por un amor inagotable a Dios y vigilan que la voluntad de Dios en Jesucristo se cumpla en nosotros».⁵ ¿De qué otra manera podría suceder eso, excepto que rindamos nuestras vidas por completo a Él?

Encontrar a Dios es cambiar radicalmente. Es anhelar la santidad que solo Él puede dar. Es ser llamado a servirle día y noche, en cualquier momento, en cualquier lugar y a cualquier costo. Como los ángeles alrededor del trono de Dios, adoremos a nuestro santo Dios y entreguémonos completamente para cumplir su propósito en nosotros.